

Humanismo liberal

Manifiesto por una sociedad del reconocimiento y del progreso

El humanismo es la condición ontológica del liberalismo; mientras que el liberalismo es la forma reflexiva, ética, que adopta el humanismo; Y el progreso es la forma material que toma el humanismo a través de la ética de la libertad.

Así, el humanismo es la metafísica, el ser del liberalismo, mientras que el liberalismo es la deontología, el deber ser del humanismo. Y el progreso es el ente, la manifestación formal en la que se encarna el humanismo.

Este artículo busca la ἀλήθεια -alítheia-, es decir, el hacer evidente, explicitar, mostrar, develar la complementariedad que se puede dar al entablar un diálogo entre, por un lado, el liberalismo político y económico de John Locke, Max Weber y Ludwig Von Mises y, por el otro, la ética de la otredad de Emmanuel Levinas y la teoría del reconocimiento de Axel Honneth. La conexión entre estas líneas filosóficas, se da precisamente en la búsqueda de la ontología de lo individual y en el intento por comprender la relación del individuo con los otros. En todos estos autores, hay un auténtico individualismo. En todos ellos, sus modelos parten del individuo como átomo irreductible y, a partir de ello, van descubriendo las formas en que los individuos, como átomos irreductibles, colaboran, dialogan, se asocian y desasocian, en una danza que crea familias, sociedades y naciones. En todos ellos hay un profundo humanismo, un profundo sentido de lo humano, un profundo esfuerzo por legitimar y reconocer al otro como un ser sintiente, existente, que late, que desea, que habita este mundo y que tiene pleno derecho al reconocimiento y a la realización. Todos ellos reconocen la necesidad de lo distinto, de lo divergente, de ver lo infinito en el rostro del otro; así como la condición fundamental que existe en el mutuo reconocimiento.

¿Qué es el humanismo liberal? Es aquel que entiende que el reconocimiento de lo humano, de la alteridad, de la individualidad, del otro como distinto a mí e irreductible a mis términos, es la condición esencial para que se logre una sociedad libre, justa y prospera. y es que solamente en el reconocimiento de lo distinto, en el aceptar que el otro sea distinto a mí, viva de forma distinta a mí, ame, goce, disfrute, se realice y anhele de formas distintas a las mías, es que puedo aceptar que ese otro viva la vida que necesite vivir para desarrollarse plenamente. La libertad, desde una óptica humanista, es la libertad para ser, para vivir, para existir, de manera autónoma, individual y, sobre todo, distinta. Es en la libertad de ser distinto, en la libertad de ser otro que no es reducido a un criterio absoluto, a un dogma, a parámetros predeterminados, en donde el hombre puede conocerse y descubrirse. Cuando se totaliza al otro, cuando se reduce el ser, el existir, el vivir de los individuos a criterios absolutos, a un molde, a una única estructura válida, a unos presupuestos infranqueables, incuestionables e insuperables, el hombre se ve condenado a la negación de sí mismo en pro de servir a ese absoluto, en pro de ser reducido y subsumido a esa totalización. Por ello, el humanismo liberal parte de la postura radical de una doble negación: El negarse a negar al otro como un otro distinto a mí, como un otro inconmensurable e inabarcable desde mis criterios -ontoteológicos- del ser, como un otro para el que mis horizontes hermenéuticos-interpretativos- nunca son suficientes. Es decir, el humanismo liberal se niega a invalidar lo diferente, se niega a rechazar lo que diverge, se niega a clausurar el mundo de lo posible y de lo humano dentro de los límites de un solo horizonte totalizador y avasallador. El humanismo liberal, reconoce el rostro del otro, el deseo del otro, la sexualidad del otro, la forma de vivir, de amar, de colaborar, de dialogar y de existir del otro. Así, se busca que cada individuo pueda mantenerse como tal, sin ser forzado a renunciar a sí mismo en pro de fines colectivos, abstractos y metafísicos.

El humanismo liberal se compromete con el fenómeno que representa el otro, se compromete a abordarlo de la forma más amplia y abierta, a aperturarse a ese otro como fenómeno y como fenomenología. El

humanismo liberal es el compromiso de ir más allá de las propias estructuras y prejuicios, de abrirles, de ampliarles, de reformularles, de forma tal que le sea posible auténticamente acercarse a ese otro como el ser sintiente que es; y comprenderlo y descubrirlo en un grado suficiente para poder entablar un dialogo ético, honesto y constructivo con la fenomenología de la humanidad de ese otro que se me presenta, que me aborda y que me impele.

Por ello, la libertad es la forma reflexiva que adopta el humanismo, pues la libertad es la ética del reconocimiento del otro como individuo, como ser irreductible y pleno de derechos. Adoptar una postura humanista, impele, demanda, adoptar una actitud ética hacia el otro. Cuando se reconoce la humanidad de aquel a quien tengo frente a mí, no me queda otra que respetar su existencia, que reconocer sus necesidades personales e individuales, que aperturarme a él y dejarle aperturarse libremente al mundo. En cambio, cuando niego al otro como otro, como un yo distinto a mi yo, como un ser individual con necesidades y deseos individuales, entonces, puedo rechazar a ese otro, puedo negarme a abrirme a él, negarme a escuchar lo que piensa, lo que busca, de donde viene, lo que ofrece. Y cuando me he negado a escuchar a ese otro, a reconocerlo, entonces puedo negarlo radicalmente. Negarlo ya no solo como otro distinto a mí, sino, simplemente, como otro. Y cuando niego radicalmente al otro, cuando me niego a mirar el rostro de ese otro, entonces lo puedo destruir. Ya sea físicamente, psicológicamente, socialmente, intelectualmente, etc. Este, fue el proceso que siguieron los nazis con los judíos y el que siguió el cristianismo con los indígenas en Mesoamérica. Al negarse a aceptar como valido lo diferente, se invalida al otro y entonces se le puede negar y destruir radicalmente, como han hecho tantas religiones e ideologías

Finalmente, el reconocimiento del otro como otro distinto a mí e irreductible a mis términos, horizontes y criterios (El humanismo) y la postura ética, deontológica, que ese reconocimiento conlleva (El liberalismo), se materializaran en dinámicas sociales más prosperas, en las que los individuos libres de descubrirse y de construirse individualmente, pueden innovar ampliamente, ser mucho más creativos y desarrollar una alta empresariedad; y, además, lograr un gran aprendizaje tanto individual como lo social, gracias a la libertad de aprender por medio de la prueba y el error, de la contrastación y la falsación que son inherentes al proceso del libre desarrollo de la personalidad y de la libre asociación y desasociación. Es decir, el reconocimiento del otro y el respeto al libre desarrollo, llevaran siempre al progreso social y económico.

Ahora, hay que considerar que existen principalmente dos temores que las sociedades tienen hacia la libertad de los individuos. Estos son el miedo al caos social (conservadurismo de derecha) y el miedo al empoderamiento en demasía de unos cuantos individuos (igualitarismo de izquierda). En el conservadurismo (el miedo al caos) se cree que es imposible que se dé un orden social espontaneo, no se entiende el concepto de equilibrio dinámico por medio del cual las sociedades descubren de manera espontánea el equilibrio más eficiente mientras siguen moviéndose y descubriendo nuevas formas de organizarse. En el igualitarismo de izquierda (el miedo al empoderamiento del individuo) se considera que la única forma de que exista una sociedad justa es evitar que ninguna persona tenga ventajas de ningún tipo sobre las otras y por ende se pretende que ningún individuo pueda desarrollarse fuera de los parámetros generales. Es decir, se busca que todos se desarrollen igual, vivan igual, deseen lo mismo y busquen lo mismo. En ambos casos, se coarta la individualidad y el pleno desarrollo en pro de mantener una estabilidad y una equidad mal sanas que únicamente provocan estancamiento social y económico y una profunda falta de sentido de la vida. Tornándose así en sociedades inhumanas, ineficientes e incapaces de innovar, sin función empresarial, sin creatividad y sin incentivos personales que permitan el progreso económico, social, cultural, tecnológico, educativo, sexual, etc. Impedir la innovación, el movimiento, la divergencia es impedirle a los individuos desarrollarse como seres humanos para dedicar su existencia a servir a la perpetuación de un orden social. Pretender la igualación de todos los individuos es un anti humanismo pues implica negar al otro como un ser distinto, es destruir su humanidad para convertirlo en una pieza más de la maquinaria social.

Liberalismo político y humanismo liberal.

Es aquí donde el humanismo y el liberalismo se intersectan. El liberalismo propone una deontología esencial que consta de 4 principios normativos básicos para mantener un mínimo de orden y estructura social y un máximo de protección a los individuos: 1.- La protección de la vida 2.- la libertad de asociación y desasociación (comercial, cultural, política, afectiva, sexual, etc.) 3.- la libertad para el pleno desarrollo de la personalidad y 4.- La propiedad privada como la condición material fundamental para que se materialicen los anteriores puntos. Es por medio de esta deontología básica que Levinas y Hayek y Honneth y Kirzner dialogan y se encuentran. El individualismo de Hayek es la condición sine qua non para que se puedan dar las condiciones políticas necesarias para desarrollar la ética de Levinas del otro como otro distinto a mí e irreducible a mis términos. El individualismo de Hayek es el correlato de la alteridad de Levinas. Sin ese individualismo que se niega a colectivizar a las personas, no podría efectivamente mantenerse una política de aceptación a lo diverso, a lo distinto, a lo otro. Y es el orden social espontáneo de Hayek, en el que los individuos encuentran espontáneamente las mejores rutas y las mejores estrategias de colaboración, el único camino para que haya cabida en una sociedad para los individuos como seres no colectivizados, no reducidos a la totalidad de un dogma cultural, ideológico o religioso. Y es en la concepción de la función empresarial de Kirzner en donde el reconocimiento intersubjetivo de Honneth se materializa. Cuando en una sociedad no se reconoce el derecho de las personas a desarrollarse individualmente, a vivir sus vidas como mejor consideren, como piensen que serán vidas más valiosas y de mayor calidad; cuando los individuos están forzados socialmente a únicamente seguir una ruta, una forma de vida, toda la función empresarial queda destruida. Los individuos ya no ejercen su individualidad, ya no desarrollan su ser y, por ende, desaparece toda innovación y empresarialidad y con ello el progreso en todas las áreas. Así como la productividad económica.

En conclusión, el liberalismo es la deontología, los principios políticos, económicos y sociales, que permiten el reconocimiento de la individualidad y de la diversidad de las personas, logrando así una sociedad mucho más humana, mucho más sensible a las necesidades personales. Permitiendo avanzar hacia una sociedad que acepte abrirse ante la humanidad de los individuos y permita que estos descubran las rutas más adecuadas para poder vivir sus vidas de la forma más plena posible, aprendiendo a colaborar de formas libres y no dogmáticas con las personas a su alrededor. Creando condiciones de constante innovación, creatividad y empresarialidad que lleven a esas sociedades a un progreso económico, cultural, tecnológico y etc. La postura ética del humanismo de reconocer la humanidad irreducible e inabarcable del otro, de ese que está frente a mí y que es distinto de mí, es la esencia, el punto de partida de donde surge el liberalismo. Así, el utilitarismo del liberalismo es lograr una sociedad más humana; mientras que la deontología del humanismo son los principios del liberalismo. Y, finalmente, la forma en que ello se materializa es en el progreso constante de las condiciones económicas, tecnológicas, educativas, culturales, interrelacionales y sociales. Así, en la medida en que una sociedad sea más libre, se tornará más humana y, como consecuencia, más prospera. Por ello una sociedad libre y humanista, una sociedad del reconocimiento será una sociedad que progrese.

En México, existe una fuerte cultura muy dogmática, de negación al otro a lo divergente. Esto, nos convierte en una sociedad con poca innovación y poca empresarialidad, pues la individualidad constantemente es reprendida y reprimida. El rechazo de la cultura mexicana a lo nuevo, a lo diferente, nos mantiene aislados del mundo y aislados entre nosotros. Nos vuelve una sociedad intolerante e incapaz de sensibilizarse a las problemáticas que nos rodean. Y esto nos vuelve muy ineficientes a la hora de crear soluciones y respuestas. Si México quiere prosperar, debe aprender a abrirse a lo otro, a lo distinto, a lo divergente y a lo nuevo.

“La integridad de la persona humana depende, constitutivamente, de la experiencia del reconocimiento intersubjetivo.” - Axel Honneth

“El yo, no es un ser que permanece siempre el mismo, sino el ser cuyo existir consiste en identificarse, en recobrar su identidad a través de todo lo que le acontece” - Emmanuel Levinas